

ORACION FÚNEBRE

DE

DANIEL O'CONNELL.

Simon fué grande, porque libró á su pueblo de la perdición, y porque en sus días fué el restaurador del Templo.

Como existe una verdadera grandeza, hija del mérito y de la virtud; tambien, existe una grandeza falsa; hija del favor y capricho de aquel que la dispensa; ó bien de la preocupación, y del error; que le dan crédito; ó bien, en suma; de la adulacion, y del engaño, y de la hajeza; que la pretenden.

Varia es la grandeza, en su principio; cuanto en su propia duracion. La falsa grandeza; bastante, apénas; á señalar, y elevar al hombre que de ella se reviste, como de flojo manto; parece; junto, con él; á menudo, primero: por el contrario; la grandeza real y verdadera ennoblesce, no solo á una persona; sino á toda una familia; y, cual pura luz; refleja, sobre una larga posteridad; transmitiendo sus destellos más fulgidos la gloria de esta grandeza, á las edades más remotas: de donde; leemos, en la encumbrada divisa de la familia de O'Connell; palabras, tan bellas como las siguientes: «El ojo de O'Connell salva á la Irlanda.» *Salus Hibernia oculis O'Connell.*

Este magnifico lema; fuera de ser, testimonio de las glorias pasadas de esa ilustre

familia; ha sido como, profecía de sus glorias futuras; que, tan cumplidamente; hemos visto realizarse, en Daniel; pues la ojeada de O'Connell, perspicaz y cuidadosa; ha salvado á la Irlanda de nuestros tiempos. Como *ciudadano cristiano*; se valió Daniel de la Religion; para conquistar, segun lo he demostrado ante vosotros; la libertad, para su pueblo: como *cristiano, ciudadano*; conforme, hoy; me toca demostrároslo; sirviósse de la libertad, para hacer triunfar la Religion; por cuanto; habiendo sido grande; como lo enseña, la verdadera grandeza; pueden aplicársele las palabras de aquel elogio de la Sagrada Escritura: «Simon fué grande, porque libró á su pueblo de la perdición, y porque en sus días fué el restaurador del Templo.»

Hoy, no solicito, de vosotros; mis queridos Romanos! ni vuestra atencion, ni vuestra benevolencia, ni vuestra tolerancia; porque me las habeis concedido; del modo, para mí; más lisonjero! Poseyéndolas, ya; me falta, solo; daros; afectuosamente; las gracias, por las mismas; aprovecharlas; y entrar, de nuevo; en materia.

PARTE SEGUNDA.

SEMEJANTE á un soberano legitimo; la verdad, se hásta á si propia; para atraerse la adhesion, y homenages de todos; é imperar, como reina; en el mundo del entendimiento; solo necesita, dejarse conocer. Léjos de ahí; cual usurpador tiránico, el error no pueda imponerse al espíritu del hombre; conservar tal soberanía; sino con el apoyo del fraude y la opresion.

De manera, que; al paso que la herejía, empieza, siempre; por ocupar los lados de los grandes; para llegar, en seguida; á dominar á los pueblos; ayudada de las pasiones y tremendo poderio, de esos mismos grandes; la doctrina católica, al contrario; siempre; comienza, por anunciarse al pueblo; naturalmente, y sin séquito alguno; levantándose, además; recibir en su escolta; á los magnates; bien que, á condicion de que vengan; entre el pueblo, vestida la librea de la humildad; á comer, en la mesa; y beber, en la copa de la igualdad cristiana: mientras que la herejía, doblada la rodilla ante los reyes; implora, siempre; con el fin de cubrirse, algun giron de púrpura; una espada, con que defenderse; la doctrina católica, llevada por la alizez santa de su divino origen; se presenta, erguida; á los monarcas; para predicarles, tan solo; las verdades más acerbas, y los deberes más duros! concluyendo, con asegurarnos, que; al tiempo mismo, que las iglesias de los herejes, ó de los cismáticos; mendigan, por el mundo; la proteccion de los hombres; la verdadera Iglesia no pide á Dios, sino la libertad. Y, así; sucede, como tengo indicado en otra parte; que la libertad de conciencia, en su sentido absoluto; solo significa, indiferencia, ateismo, impiedad; y negacion de todas las verdades reveladas, de toda religion positiva; y, en fin; de toda regla de creencias, tanto como de conducta; cuando, sin embargo; en sus relaciones, con la potestad civil; á quien Dios no ha llamado á predicar, ni interpretar el Evangelio; dicha libertad es, un principio católico; profesado, enseñado, defendido por la Iglesia; al que no podria renunciar, sin abdicar, primero; su mision divina, sin destruirse á si propio; siendo aquélla; una condicion necesaria de su existencia, y de su propagacion.

Mas como, á fines del siglo pasado; hubiese visto la Iglesia católica prender á sus pontífices, ahuyentar á sus ministros, destrozár sus altares, profanar sus templos, y aun deshonrar sus santas vírgenes; usurpar sus bienes, abolir sus conventos; en resolucion, desconcepcionar, mutilar su doctrina y sus leyes, su culto, sus institutos; bajo la capa, y por los propios apóstoles de la libertad; como ésta, en época tan triste; fué compañera inseparable de la blasfemia, y de los sacrilegios; comenzó la Iglesia á tenerla por enemiga necesaria, irreconciliable de la verdadera religion; no pudiendo, ya; los verdaderos fieles oír su nombre, sino con espanto; no creyendo, en suma; poderio pronunciar, sin cometer un crimen! Por el contrario; como el altar hubiese caido, en la misma época; y bajo la propia segur, que habia derribado el trono; prevaleció la opinion de que, solo; juntos; podian levantarse, aquél y éste; y, por consecuencia; el altar y el trono; inspirando á todos, un interés comun; se hermanaron, en el espíritu, en el corazon y en la boca de los hombres de bien: como las lecciones de la experiencia habian probado, de una manera desconsoladora; que el trono, de nada era capaz; sin el altar; comenzósse á creer, asimismo; que el altar, nada podía; sin ayuda del trono; y, de aquí; llegó éste á tomarse por sosten indispensable á la politica, como á la Religion.

Habianse generalizado, en toda Europa; estas ideas. Los verdaderos fieles tenían sus ojos; clavados, sobre los tronos católicos; y aún, sobre los protestantes: hasta los católicos de Irlanda; solo, de la liberalidad de la corona protestante de Inglaterra; aguardaban, la emancipacion de su conciencia; y de su religion; cifrando todas sus esperanzas, en un trono; que, por la Constitucion del país; era, *enemigo de su fe!* Así; convertian una religion divina en... institucion humana; que, para obrar; necesita, por fuerza; del apoyo del hombre; así, entregaban; la fe y la moral, el culto y la Iglesia; al capricho de la potestad civil; quien, so color de protegerlos; hubiérase erigido, sin falta; en Pontífice suyo! pues probado está, que la Iglesia, más amenujo; ha tenido ociosion, para quejarse; de los que la defienden, que de los que la persiguen! así, tambien; hacian, que dependiese de la voluntad; buena, ó mala; del Príncipe, la fe del pue-

bio; consagraban, como legitimados por la Política; todos los sistemas, combinaciones del error; entrando, el ateísmo; así, admitían; la más cruda, la más intolerable de todas las servidumbres posibles: la *servidumbre de la conciencia*; por último; así, querían horror... hasta el postrer vestigio de la dignidad del hombre!

¡Cuán urgente no era, enseñar á los pueblos; en tales circunstancias; que la potestad civil que tiende sus palmas, sobre la Religión; fingiendo protegerla; la domina; y, dominándola; la anula, y la degrada; y que la Religión verdadera no puede subsistir más que; á la sombra, y á favor de la libertad! Pero ¡gran Dios! borrar una preocupación; tan hondamente grabada, en los espíritus más cuerdos; por un conjunto de causas terribles; y que prozonaba, que «la libertad es enemiga de la Religión»; apocóbrado justos! que esa palabra, libertad; había de promover, en los corazones más religiosos y benignos; arrastrar á pueblo, tan católico como el de Irlanda; á que buscarse, en la libertad; el triunfo del Catolicismo; cuando las naciones del resto de Europa habían visto al Catolicismo; alterado, destruido; bajo los golpes de la libertad: esto era, al seguro; una empresa, tan enorme; que, á ponerle término; habría parecido, insuficiente; una generación de varones apostólicos; y, sin embargo; lo hizo un hombre, un lego; O'Connell, solo; pues bastó su talento, para concebirlo; su valor, para emprenderlo; su constancia, y su influjo, para darle cabo!

Usó Daniel de gran prudencia, y tino; para no sobresaltar preocupaciones, harlo disculpables; y afectos, demasiado sensibles; al dedicarse, en el primer momento; en congregaciones públicas, y reuniones privadas; á persuadir, así al clero como al pueblo; que ninguna ventaja esperaba á la Religión católica, de la espontánea liberalidad de un gobierno protestante; que la emancipación religiosa no podía conseguirse; sino por medio, y juntamente; con la emancipación política; que la independencia de la Iglesia católica de Irlanda debía ser, una conquista legal y pacífica; hecha, por mano del pueblo; no, una concesión gratuita del poder; y, en resumen; que, la libertad; era, el único arbitrio que les quedaba; para hacer triunfar la Religión: así; repetía Da-

niel, con frecuencia; que, nada le había ofrecido tanto embarazo; como persuadir al clero, que, solo respaldada en la libertad; debía, podía la Religión salir victoriosa;

No faltaron, al principio; espíritus; llenos de una piedad fluctuante, y de una malévola hipocresía; los que, al oír, de boca del joven O'Connell; un lenguaje tan nuevo; poseídos por la desconfianza; le citaron ante el tribunal de la opinión pública; como, un imprudente; cuyas ideas habían sido falseadas, por la filosofía del siglo xviii; ó un emisario temible; encargado de inocular, en Irlanda; las doctrinas anárquicas de la revolución francesa; por fin; como, un secretario; pero el horror de O'Connell, hácia la sangre; su amor á la legalidad, la firmeza de sus convicciones, la sinceridad de su celo religioso; hubieron de disipar, en breve; tales sospechas y calumnias; llegando á ser, conocida; la santidad de su intención; escuchadas y admitidas, sus máximas; aprobadas y aplaudidos, sus pensamientos! Fué, tan mágico; el efecto de su palabra y de sus obras, que, en el término de cinco años; consiguió; traspasar al corazón de Irlanda, todo su espíritu; y formarle, de nuevo; por su imagen; supo convertir á sus ideas; no solo, á la gran comunidad de los católicos; mas también, á gran número de protestantes; no solo á los legos; mas también, á los eclesiásticos; no solo á los hombres; mas también, á las mujeres; no solo, en Irlanda; sino, á la vez; en Inglaterra; por último, planteó la «Asociación, para la libertad religiosa»; en la cual, todos los hombres de buena fe, todos los corazones nobles; todos los espíritus generosos, de todas las iglesias y opiniones; se hallaron reunidos y asociados, de consuno; por el proyecto de reclamar; esforzándose, de comun acuerdo; la franquicia de la conciencia, y su entera separación de la potestad civil; alcanzando, asistida de la libertad; el triunfo de su propia religión.

Pero, cuando O'Connell dió á conocer; del modo mas brillante; la nobleza de su espíritu; á un tiempo: católicamente liberal, y liberalmente católico; fué, al agitarse el grave asunto del veto; de esa pretensión del gobierno protestante de Inglaterra; que deseaba intervenir, en la elección de los obispos católicos de Irlanda. Mientras se discutía, en materia de tan grande entidad; desplegó Daniel O'Connell, todo el saber de

un Doctor; el celo de un apóstol, el arrojo de un héroe; y, en todos sus conflictos; la paciencia de un mártir!

Discreta parecía; cuando no, insignificante; la pretensión del gobierno de Inglaterra; que consistía, en el derecho de excluir; uno, solo; de los tres candidatos; que el clero irlandés acostumbraba, entonces; y, aún; tiene costumbre de presentar, para nombramiento de un obispo; á la elección de la Santa Sede. Las ventajas; que prometía dicho gobierno, para contrapesar la referida concesión; eran, ciertamente; grandes, seductoras; capaces de alucinar á los más advertidos; de engañar á los más piadosos; no eran, nada ménos; que la emancipación ó la libertad religiosa, y política de todos los católicos del Reino Unido; y la dotación del Episcopado de Irlanda; y el pueblo acogía, con rostro placentero; una proposición; que se ofrecía, á sus ojos; como, el término de trescientos años de horrendas angustias; una parte del clero, inducida por miramientos á la dignidad de la Religión; parecía, no muy remota; de admitir un sueldo estable; que pudiera cambiar su dura existencia; sostenida, á fuerza de limosnas y de mendiguez; el propio Episcopado; que, á los principios; rechazó, en sí mismo; por un acuerdo unánime; el presente; que le venía, de estos nuevos Uises; como, atentatorio á la libertad y á la disciplina de la Iglesia; dicho Episcopado anduvo, más tarde; dividido: algunos obispos; deslumbrados, por falaces promesas, y afectadas lisonjas; habían prestado á la ley del gobierno, una adhesión; que, después; revocaron, con la vergüenza y dolor; á que, para ellos; dió margen, el haberla suscritos; los mismos ingleses católicos; como no vieran, en aquella insidiosa ley; sino una concesión importante; que derogaba su degradación política; y su calidad de ciudadanos, sin derechos de ciudadanía; alistáronse, con entusiasmo; en el partido del gobierno; entraron en sus miras, con tan deplorable fervor, que; tachando de, temeridad imprudente; la oposición del Episcopado de Irlanda; expulsaron de la Comisión católica, á un célebre prelado; único miembro del clero católico de Inglaterra; que, en una elocuente memoria, dirigida al Parlamento; combatió la medida gubernativa; con el celo, y saber doctrinal de un Atanasio: aun Roma, inclinóse; al parecer; en tan porfiada lucha, á favor

de los enemigos de la Iglesia de Irlanda; y, como decían, vertiendo lágrimas; los pobres y candorosos irlandeses; parecía, también; que Roma, se había vuelto Orangista; en suma, Monseñor Quarantotto; Presidente, en Roma; durante la prisión del inmortal Pio VII; había dado su asenso, en un rescripto; á las mañosas proposiciones del gobierno inglés; que podían llegar al grado de ser, tan funestas; para la libertad de la Iglesia! El Orangismo; envalentonado, con esa pretendida concesión de Roma; crece, cada vez más; en insolencias; el país; despedazado, por discordias interiores; abandonado de sus defensores de Roma, y hermanos de Inglaterra; sin más fuerzas, ya; que las propias; no puede hacer cabeza, á las compactas huestes de la herejía anglicana: tanto es, lo cansado; que se hallan, los más animosos; de una lucha desigual; que no presenta viso alguno, probable; de buen éxito! tanto, lo que ha llegado á infiltrarse, en todos los espíritus; el desaliento; la tibieza, en todos los corazones!

¡Deshaciada Iglesia de Irlanda! ¡Con que á tus males, se agrega; en este momento; el mayor, y el más humillante de todos: la pérdida de esa independencia religiosa; que tus nobles hijos habían pagado; con tres centurias de padecer, y de sangriento martirio!... Pero ¡ánimo! ¡existe un O'Connell; suscitado por la divina Providencia, para velar; cual otro Judas Macabeo; en defensa de esa Iglesia; y O'Connell justificará, nuevamente; la verdad del mote de su noble escudo: *El ojo de O'Connell sálva á la Irlanda!*

¡O alma, verdaderamente grande! A presencia de tantas dificultades juntas; lejos de caer su valor, se enciende; por el contrario; en medio de la desesperación general; solo O'Connell, no desespera; en medio de la ansiedad, que á todos causa la conducta de Roma; solo él, confía; de todo corazón; en la medida de esa corte. Deslituido de todo recurso, y de toda ayuda; para combatir á un rival poderoso; se atreve enteramente solo; á empreñar el combate; cual hombre, seguro del triunfo.

Vedle, pues; indicar á la nación, en sus proclamas; todas las aschanzas, fraguadas para perderla; reunir, en grandes congregaciones; á eclesiásticos y seglares; y demostrarles; con el saber de un teólogo, y la experiencia de un legista; cómo abusará, de

seguro; una potencia herética; de la concepción, pedida á la Iglesia de Irlanda; cuando, entre las mismas potencias católicas; algunas abusaron á las veces; de concesiones semejantes. Luego de comentada la ley; descubre O'Connell sus amagos, y examina las ofertas del gobierno inglés: probando, lo vanas, lo falsas, lo fútiles que son; aplicase á desentrañar los planes del ministerio; recordando el tratado de Limerick; para hacer ver su doblez; y su infamia; habla, en resúmen; de los católicos ministeriales; sin olvidarse, no obstante; de marcar á los sacerdotes palaciegos, con el sello de la ignominia. ¿Queréis más aún? Sabed, entonces; que, casi, á un tiempo; se ocupa en alentar al clero, y dar ánimo al pueblo; excitar el celo y vigilancia de los obispos, y sustentar su valor; y, por fin, en que salgan, para Londres; diez diputados, á implorar el sosten de la *Asociación de Amigos de la Libertad religiosa*: el hace, que; á toda diligencia; parten, para Roma; dos obispos; á fin de que depositen, á los pies del Papa; vuelto, ya; de su glorioso destierro; una memoria; redactada, en nombre de sus conciudadanos católicos; y en la cual expone; con una fuerza de raciocinio, *incontrastable*; los males, que la admisión del *velo* acarrearía á la Iglesia de Irlanda; pues, en todos tiempos y lugares; en privado, así como en público; no cesa de repetir, á grito herido: «*Hoy, lo mismo que siempre; rechazáramos toda gracia; que hayamos de conseguir; sacrificando nuestra religion, y nuestra libertad!*» Pero, con estos esfuerzos de su elocuencia, y de su actividad y de su celo; alcanza O'Connell, la victoria más decisiva; la más resplandeciente: tal es, la declaración, que dió el Episcopado, en otro nuevo sínodo; consignando, que «el clero irlandés; jamás flaqueará, en oponerse; por todas las vías canónicas, y constitucionales; á que intervenga, de manera alguna; la potestad temporal, en los asuntos de la Religión»; la nación, en masa; rehusa las traídas ofertas de los anglicanos; llénanse todos los periódicos de protestas; en que jura el pueblo, «que toda tentativa, proporcionada á disminuir las fuerzas de la Iglesia de Irlanda; será, totalmente; inútil; y que, á pesar y despecho del gobierno, y del Parlamento, y de los Orangistas, y de los partidarios de Quarantollo; Irlanda conservará, perpétuamente; ilesa, la fe de

«su protector; la fe de S. Patricio;» el propio gobierno de Inglaterra recibe, oficialmente; la expresion de estas ideas; á nombre del clero y pueblo de Irlanda; en los términos que siguen: «Siendo, la libertad política y religiosa de Irlanda; el fin, hácia donde tiende este pueblo católico; nos consideráramos, degradados; fijando, á vista de las ventajas que nos ofreceis; una condicion, que acrecentaría el influjo de los ministros del gobierno; mientras enervaría la disciplina de nuestra Iglesia: al cabo; *Daniel obtiene, que el Sumo Pontífice; correspondiendo á la confianza, que habia puesto en la cordura de la Santa Sede; inválida el documento de Quarantollo!*

En vano; trataban, los cobardes y descorazonados secuaces de las concesiones del trono; á menudo, más peligrosos que los adversarios declarados: en vano; trataban, repito; de justificar su vergonzosa apostasia de la causa de Irlanda; con objelar al abogado generoso de esta última, que confiar en que la protestante Albion emancipase, sin exigir un premio; eso, era temeridad, era locura! Y O'Connell responsables. «Por el deseo de cimentar una reconciliación, á todo me halláis pronto; excepto, sin embargo; al sacrificio de la religion de mi patria, y de mis ascendientes!» Y el pueblo, á su ejemplo; repeta: «Nosotros amamos nuestra libertad civil; pero amamos nuestra religion con mayor entusiasmo! Si es fuerza, que muramos; para obtener aquella libertad: estamos listos á inmolarr nuestra vida; *nuestra fe, no! Vale más; ser esclavos, y católicos; que libres, y protestantes!* Ya, el martirio, no tiene novedad; para nosotros; porque *trescientos años consecutivos de tortura* han pasado, sobre nuestra cabeza; y, antes que consentir nosotros toques á la disciplina de la Iglesia de Irlanda; si... refuércense los hierros que nos abruman!»

«A los que se ejercitaban, en minorar la constancia del clero; con la perspectiva de una dotacion rica; que lo pusiera, á salvo de mendigar el pan de su propio sustento; á cuya dura necesidad se hallaban sometidos; aquel noble clero nunca dudó, en contestar; con estas, ó semejantes razones: «Siempre, las cadenas; aunque, de oro; se fundan: son, cadenas; y más vale una libertad pobre, que una esclavitud rodeada de opulencia! El honor puede dar la mano

«á la pobreza; pero es la infamia, eterna compañera de aquella servidumbre; que procuramos, para nosotros mismos; y se nos respeta más, aunque sacerdotes posebres; que á los ricos prebendados heréticos! La Iglesia no há menester, que la ayuden á bien vivir; necesita, que se le deje hacer bien: no tiene sed, de riquezas; solo, sí; de libertad!»

Así que; afectos tan generosos, bien que naturales y esculpidos, indeleblemente; en el corazon del clero, y pueblo de Irlanda; fueron excitados, por la accion preponderante de Daniel; por su talento invencible; por la autoridad de sus preceptos, y discursos; por el espectáculo de su valor, de su perseverancia, magnanimidad, desinterés; excitados, digo; y afianzados, por ellos; y dirigidos, en sus consecuencias; entrando, además; en el anchuroso campo, que abierto le tenian; de donde podian brillar, con todo su lustre y magnificancia; para honra de la fe católica; única poseedora de la energia, que demanda la creacion de tales afectos! Mas cuándo un siglo; interesado; y egoista; mostró, en el centro de una nacion mercantil; nada, tan admirable como ese pueblo; á quien O'Connell habia comunicado su espíritu; y que, agobiado por la miseria, falta de todo; prefiere, sin embargo; desasirse de su mendrugo; y correr al sosten de su altar, y de los ministros de su religion; antes que aceptar los presentes de la herejía? ¡Qué grandiosa no es, la lucha; entre un gobierno que ofrece, y un pueblo de mendigos que rebusa; entre Inglaterra, que ofrece darlo todo; é Irlanda, que se niega á recibirlo; antes que perjudicar á su religion, del modo más indirecto!

Tan grande generosidad, heroismo tan noble; debian triunfar, indefectiblemente; tanto más; cuanto que, no habiendo querido Irlanda sacrificar sus bienes espirituales á los bienes del mundo; debía, por eso mismo; alcanzar los bienes terrenos; conservando, á un tiempo; y sus tesoros espirituales! La verdad encarnada ha prometido, solemnemente; que el pueblo; que busque; ante todo, y á cualquier precio; el reino de Dios y su justicia; con otras palabras, el triunfo de la religion verdadera; á mas de conservar el goce de esta santa religion; logrará, tambien; todas las ventajas temporales; y, así; decia el Libertador á su pueblo: «No temais nada; en nada, cedais; tened pa-

«ciencia, y constancia; y alcanzaréis la gloria de conquistar la libertad civil; sin exponer á ningún sacrificio, la religion de vuestros mayores!»

Jamás tuvo prediccion humana, tan enterro cumplimiento; pues, en vista de la firmeza generosa, y porfiada insistencia de la católica Irlanda; el Anglicanismo; representado por los miembros del gobierno; abandonó toda esperanza de conseguir la codiciada admision del *velo*; que, seis años; habia solicitado, sin fruto; echando mano de amenazas, ofrecimientos, artificios, violencias; y la Iglesia de Irlanda quedó, entonces; sepultada en su gloriosa pobreza... pero, con doble más gloria; quedó en disfrute de su independencia de la potestad civil, en cuanto á la eleccion de sus pastores; siendo así, que *la riqueza verdadera de una nacion católica es, su independencia religiosa*; como la belleza es, el primer atavío de una esposa casta. Transcurren *tres años*; de nueva agiacion, nuevos esfuerzos, luchas, padecimientos y congojas: é Irlanda; conducida, siempre; por su libertador; acababa, conquistando su emancipacion, su libertad civil; sin condiciones humillantes, ni funestas; y, cual O'Connell lo habia vaticinado; «sin exponer su religion á ningún sacrificio!»

¡O vosotros; los que, instigados de un fatal error; hijo de vuestra ignorancia, de vuestra escasa fe; sin seguir otro norte que el de la política mundana, en los asuntos de religion; exigis de los atalayas de Israel, que se truequen en perros mudos; que no ladren, por más que el lobo se acerque; ó vosotros; los que denominais, imprudencias; las reclamaciones; exagerada osadía, las protestas; fanatismo, el celo de los defensores de la Iglesia verdadera; que deberiais inflamar, y sostener, y galardonar; y todo; por conseguir, á favor de la Iglesia; alguna de esas ventajas temporales; algun auxilio humano, que le sirve de estorbo! ¡Ah! reflexionad, más bien; un minuto; y veréis, luego; que Dios se debe á sí propio, la ruina y desconcierto de aquellas especulaciones judaicas! De vosotros; sí, que se dirá lo siguiente; que, ya; se ha dicho de los Judíos: «Por haber preferido las cosas del tiempo á las cosas de la eternidad; perdieron, á la vez; unas y otras!» Aprended, pues; en la política, noble y generosa; que Daniel empleó; para asegurar, en Irlanda;

el triunfo de la Iglesia; que no, con sacrificar la jurisdicción é independencia eclesiásticas; puede vencerse, y mantener en los límites justos, á la potestad civil; sino resistiendo, firmemente; por los medios legales, á sus pretensiones injustas: sabed esto; y que el miedo no haga presa, jamás; en vuestros corazones.

No á los lindes, tan angostos como los del territorio irlandés; han quedado reducidos, los triunfos de que hablamos; y que alcanzó á la verdadera Iglesia, el talento de O'Connell; valiéndose de la libertad: á esos triunfos responde un eco, eco vigoroso; y, hoy mismo; en las demás naciones de la tierra; han producido, y que aturden! De modo, que sí, por mi exposición; habeis de formaros una idea, que envuelva tan vario conjunto; tengo, forzosamente; que elevar vuestros ánimos al santuario de los designios de Dios; pero... hasta donde es lícita, la presencia de unos pobres mortales!

El mayor, el mas importante, el mas prodigioso de todos los sucesos; que corresponden á la historia providencial del mundo moderno; es; no, la separacion de las Américas de Europa; no, la revolucion de Francia; ni el imperio subsiguiente; mas sí, la aplicacion de los medios mas desacordados, de las causas mas contradictorias; elegidas por Dios; en su soberana economía; y con absoluta independencia; para propagacion del Evangelio, y majestad de la Iglesia católica! El principal de esos medios; coordinados, visiblemente; por Dios; para realizar una idea tan sublime, y tan santa; es el espíritu mercantil de Inglaterra; que parece alejar los límites del mundo; para traer, en donde repartir las producciones de sus fábricas; pero Dios se sirve, tambien; de la infatigable actividad de ese pueblo, y de su vivo apego á las ganancias; para repartir, por el mundo; los productos celestiales de su misericordia: es á saber; la gracia, y la verdad! La Inglaterra ha ocupado, los puntos más notables del globo; á fin de extender y establecer, en todos los países; el reinado del Leopardo británico; pero Dios da, en esta forma; fácil entrada á los ministros del Evangelio; que deben asegurar, en todo el orbe; el dominio de la Cruz. Y, ya; los tristes hijos de Irlanda; forzados, por la intolerancia y tiranía de los herejes; á emigrar y desterrarse: esparcidos y diseminados, por toda la tierra; en todas las colonias in-

glesas; por los vastos continentes de la Oceania; habian llevado á dichas regiones; los valiosos gérmenes, y noble confesion de la Iglesia verdadera: así que; el espíritu de persecucion, la falsa cuanto inhumana devocion de los herejes; habian, sin caer en sospechas; prestado ayuda á la fundacion de más obisposados nuevos, en todo el mundo; que los destruidos, por ellos; en Europa!

Pero el Católico irlandés; humillado; gimiendo, bajo el yugo de leyes brutales; que le retenian en la dura condicion de esclavo; apenas, podia hacer prevalecer la verdad y santidad de su religion; tambien esclava, ante el dominante culto de sus amos crueles; por lo cual, urgia; para el destino que Dios habia señalado, al parecer; á Irlanda; que esta rompiese las cadenas de su esclavitud política; conquistado, por este camino; la independencia religiosa de su Fe.

Hé, aqui; cabalmente, lo que comprendió Daniel; auxiliado de su gran penetracion; pues, á diferencia de algunos hombres; cuya grandexa, solo toma motivo de preocupaciones y alabanzas, harto lisonjeras: presentándose, una vez desvanecido el prestigio; inferiores al concepto en que se les tuvo: O'Connell es, mucho más grande de lo que parece; sus planes son, mucho más sublimes y sorprendentes que sus obras! Solo algunas expresiones furtivas de Daniel, solo su celo inaudito; solo la constancia, sin ejemplo en la historia; del patriotismo verdadero; que desplegó, por conseguir la libertad á su patria; han sido, acomodadas; para hacer concebir, que miraba al pueblo irlandés, como á pueblo encargado de una mision; á pueblo predilecto; elegido por Dios, para eterna salud de numerosos pueblos: y bien habeis podido imaginaros, que O'Connell; al tiempo que pugnaba, por emancipar á Irlanda; se creia; no, tratar un asunto ordinario, perteneciente á la humana política; sino contribuir á la grande obra de la divina Providencia, en la realizacion del designio más relevante de su misericordia; y que, á su propia consideracion; O'Connell no era, sencillamente; un Irlandés; era, á un tiempo; en la Iglesia católica; el siervo, y instrumento de Dios.

Pues; á medida que las pruebas del noble papel, marcado á Irlanda; para gloria de la Religion; mas allá de la isla; crecen; y llegan á hacerse mas patentes; á los ojos de O'Connell: penétrase Daniel; cada dia, con

mas véras; del carácter religioso de la mision, que recibió de la divina Providencia; de libertar á Irlanda, y de educarla; así; la accion de O'Connell gana, en brio; lo que sus designios, en piedad: él considera *santa la Isla de los Santos*; no solo, por estar alfombrada de las osamentas; regada, con la sangre de millones de mártires; sino porque tiene, tambien; la mision de difundir la santidad, por el mundo; en razon de lo cual, Daniel venera dicha Isla; con un respeto; que se acrecienta, de continuo; y la aprecia, y la ama, y le consagra toda su ternura; con un fervor; que va, siempre; en aumento! ¡Ah! Si la nombra; *Perla del Océano, Joya de la tierra*; si le dirige, las saluciones más cariñosas; las palabras más dulces de su corazón; no es, ciertamente; por la salubridad de su clima; por lo fértil de su suelo; lo pintoresco, y delicioso de sus campos; la robustez, belleza y magnanimidad de sus hijos; mas porque, en esa noble nacion; que han tratado de pisar como la más inculta, y turbulenta de la tierra; encuentra á la depositaria de los tesoros de Dios, la verdad y la gracia; revestida, con la majestad de la mision divina; y la contempla, llamada á dar pruebas de su fecundidad; adquirida, como la de la Iglesia cristiana de los primeros tiempos de Roma; á expensas de tres siglos de mártires, y efusion de sangre; y á multiplicar, á la vez, en todo el mundo, la generacion de los hijos de Dios! Ved, pues; ahí, la causa que le impulsa á disciplinarla, con tanta paciencia; defenderla, con tanto ánimo; entregarse, inmolarse; por ella, del todo; con tanto esfuerzo y alegria; que, en resolucion; hace, que anhele por su libertad; á costa de tantas luchas, de tantos sacrificios; así como una madre educa, con mas esmero; rodea de mayor vigilancia; quiere, y acaricia; con un afecto más expresivo, aunque mezclado de respeto; al jóven, que está segura de que habrá de reinar.

En consecuencia; Dios derramó sus bendiciones, sobre tan nobles designios; sobre tan santos enajenamientos; excitados sobre su gracia, en el corazón de su siervo Daniel; y éste vió la libertad civil; que habia profetizado á su patria; y conquistado en su obsequio; siendo, ya; para la Religion; un elemento poderoso de triunfo, en las diversas naciones del globo!

Sin duda, que; por los heroicos esfuerzos

de Irlanda; alcanzaron, primero; la libertad civil; despues, la religiosa; los subditos católicos de la corona de Inglaterra. Pasado aquel instante; vemos á la Religion católica; mirada, hasta allí; por Inglaterra, con un desden profundo; como... *la religion de los esclavos*; concitada, ántes; por el nombre de *religion papista*; confinada, con el más notable desprecio; á los suburbios, y cárceles; la vemos, pues; gozar de una grande importancia, de un grande influjo, poseer una dignidad llena de decoro, henchida de un santo orgullo; sube á los palacios de los nobles, entra en el Parlamento, introducese en la Corte; séntase á deliberar, en los consejos privados del Rey; reduce á la vana política; que, ántes; apenas se dignaba mirarla; á la que la trate como á igual suya; respetándola, casi; como á su soberana; aquella religion; proclamada en otras épocas; como propia, tan solo; de los ignorantes, de los flacos de espíritu, del populacho, de los pobres; invade las más célebres universidades: la de Oxford, y la de Cambridge; transforma en *proleto* de su doctrina, á los mejores ciudadanos; valiéndose de las tradiciones católicas; que la herejía no ha podido desarraigar, enteramente: en conclusion; halla engrosado, el número de sus modestos discipulos; con los espíritus más nobles; con los hombres; más sabios en teología; con los corazones más puros, con los caracteres más generosos.

Si; hoy dia, ya; no cabe insultar á una religion; que, sin socorro alguno de las potestades humanas; y contra sus esfuerzos; sin más imperio del que es, fruto de la libertad y sus encantos divinos; atrae, con el aroma de sus celestiales perfumes; á las almas elevadas; y las encadena, luego; tras de sí; hasta llegar, por las sendas mas breves; al extremo de que sacrificquen, los puestos más lucrativos y brillantes; de entregarse á la pobreza; codiciando, tan solo; la posesion de la verdad! La Religion católica; que parecia, *sin derechos civiles*; una esclava; y, no más; cuando, por el talento de O'Connell; se ve, de nuevo; libre; ¡cosa, por cierto; admirable! entónces, muéstrase como una reina. La libertad ha sido causa de que, mejor; se conozcan, y estimen; la verdad y belleza de dicha religion; y el entrar en la comunión Católica; áun, para los mismos Protestantes ingleses; no es, ya; envilecerse; sino, en la opinion

pública; elevarse; y honrarse!: los incantes triunfos; que, en las clases altas; obtiene nuestra fe; van acompañados; no, del desprecio; mas, de la envidia (!): los secuaces; que, aún; restan á la herejía; lazzan, sobre sí propios; tal mirada; que, solo; expresa su confusión, su vergüenza; ya, sus bocas no vomitan injurias; ellos no se enfurecen, ya; con los que desertan de sus filas; y el Anglicano, que se vuelve Papista; no es vituperado por ellos; que lloran su falta de ánimo, para imitar su conducta. Y, si se prefieren sarcasmos, ultrajes, é invectivas; por algunos fanáticos, tan viles de nacimiento como de corazón; la aristocracia, la ciencia verdadera, la rectitud, el filósofo que discurre, el estadista que guarda decoro á su propia dignidad; solo tienden para la Iglesia de Roma, y para su Jefe augusto; palabras de miramiento, de admiración y de alabanza!: las bóvedas de Westminster resuenan, diariamente; con expresiones generosas; que, rindiendo homenaje á la Verdad católica; castigan las insolencias de los viejos sectarios; insolencias; ya; ineficaces; y, de hoy más; insufribles. Meditando, pues; sobre esta marcha de los acontecimientos; ¿cómo dudar de la exactitud de aquella profecía; hecha; á principios del siglo; por un talento elevado; por el conde de Maistre? «Antes de que »espire el siglo, según este escritor; se dirá »misa; en la iglesia de San Pablo, de Londres;» y, una vez celebrado el santo sacrificio de la misa; en la iglesia de San Pablo, de Londres; ¿quién dirá, en cuantos otros templos de los vastos dominios ingleses; se celebrará, en ese propio día? La Corona de Inglaterra domina, en el mundo; casi; á ochenta millones de súbditos; pues bien; á esa masa colosal de hombres, lenguas y religiones diversas; abrió Daniel O'Connell las puertas de la Iglesia verdadera; asegurándonos; por siempre; la libertad de hacerse Católicos; después de haber reconquistado, para Irlanda; la propia liber-

(1) Pero las clases altas, en Inglaterra; estudian; y saben muchos; (y, por eso; gobiernan su país; lo sostienen; en el grado de pujanza, que acredita!); y estudian la Religión, y la Teología; al revés de las clases altas de otros países; y si, hoy; no cuentan, con grandes filósofos, darán, probablemente; muchos mártires, á la Iglesia de Dios!

N.

Barcelona. 1875.

tas; implore, á gritos; que se anule la ley de emancipación; de ahí viene, que el Anglicanismo; falso, en su devoción; tiemblo de conceder á Irlanda la suma de su libertad; por último, de ahí viene, que las universidades Protestantes; esas Ciudades del error; fundadas, al decir de algunos; para salvar el principio, llamado del *libre examen*; cimiento del Protestantismo; impongan la pena de destitución, la pena de ostracismo; al noble ardimiento de aquel; que, ayudado de ese libre examen; ya, convenido; creo, confiesa, que la Religión católica es; la sola verdadera.

Daniel; con el hecho de emancipar á la Iglesia católica, en Irlanda; asió un golpe al Protestantismo de Inglaterra; de que no podrá recobrar, en tiempo alguno!; si, ese horroroso escándalo de los tronos católicos; ese parto monstruoso de la leujuria, amalgamada con la codicia y la soberbia; ese Protestantismo se halla, en vísperas de su muerte; tiene el corazón atravesado, por la espada de la Libertad; que empuñaba el fuerte brazo de O'Connell!

Pero el Protestantismo de Inglaterra está uuido, por lazos secretos; con el suizo, y con el alemán; de cuya unión resulta su poder, su autoridad, sus esperanzas! Inglaterra ocupa, en todo el orbe; el frente del Protestantismo; como del Catolicismo, Francia; de tal suerte, que; cuando nuestro Apóstol le dió al Protestantismo la herida mortal, en Inglaterra; preparó, desde entonces; su caída, en el mundo! La Filosofía del siglo pasado; tan deficiente, en religiosidad! ha sido la primera, en nuestros días; que ha proclamado el principio de la independencia de la Religión, en todo lo que toca á la Potestad civil; si bien, llevada dicha Filosofía del infernal propósito de dañar á la Iglesia verdadera; pues, partiendo de la idea fatal de ser la Iglesia católica, institución de un orden, puramente humano; sin vida propia, ni fuerza; que no puede conservar su equilibrio; sino apunhalada, con los tronos; se pensó, que, en prevaleciendo la doctrina de la independencia de la Religión; ó sea; de la separación, entre la Iglesia y el Estado; en dicho caso, defraudada la Iglesia de los socorros de este último; embestida; por la ciencia, y por las pasiones humanas; de fuerza, subcumbir! Mas ¡ó cálculos impíos, y desatinados! Pasmosa solicitud de la Providencia divina, sobre su

propia Iglesia! Diez y ocho siglos há, que ésta declara, que la potestad civil no tiene linaje de jurisdicción; sobre la conciencia, ni sobre la fe; y hace, diez y ocho siglos; que lucha, contra los gobiernos; por su independencia y libertad! Ahora bien; predicando la incredulidad esa misma doctrina; ha adoptado el lenguaje de la Iglesia; ha empleado su elocuencia; no, en atacarla; sino en defenderla; ha estado sujeta á la inspiración divina; y servido, en plena ignorancia; á los designios de Dios, sobre la Iglesia; esto ha sido; hablar la burra de Balam, en el idioma de las criaturas racionales; el impostor, agitado por el espíritu del inferno; ha elevado su voz, en beneficio de los intereses celestiales; ha profetizado Calafas; Jónas ha predicado el Evangelio; el ángel apóstata ha usado de los mismos términos que el ángel de Dios: los propios enemigos de la Iglesia han proclamado, la verdadera necesidad que la aflige; el principio verdadero, á que están enlazados; el éxito de su fuerza regeneradora, su propagación y su triunfo!

Soberado notoria es la manera, cómo la Filosofía, descreída; ya, en calidad de gobierno; ha planteado esa doctrina de la libertad de conciencia; que había sido, la primera; en publicar; soberado conocido, el modo; con que se permitió, bajo su régimen; que fuese cada cual, jansenista ó cismático; ó bien; ateo, hereje ó deísta; pero ¡feliz del que, fiando de esa libertad; trataba, por ventura, en declararse, católico; pues, para castigarle; siempre esta alzada, la guillotina; y, en su puesto; el verdugo! Y, por eso; la doctrina de la libertad de conciencia causaba horror, á unos; sospechas, á los otros; no contaba por sus partidarios; sino á incrédulos, ó indiferentes! Mas, cuando O'Connell la hubo patrocinado; convertido en una verdad, donde se juzgaba por una odiosa impostura; proclamado, con su potente voz; rodeado del prestigio de su autoridad; cuando la hubo profesado, con una fe tan sincera; puesto por obra, con ánimo tan valiente, cuando la hubo utilizado, con tan buen suceso; y purificado, hasta cierto punto; de las manchas; que la profanaban, por haber pronunciado su nombre los labios de la impiedad; cuando, en suma; la hubo bautizado, santificado; y aplicado sus servicios á que triunfase, en Irlanda; la Religión verdadera; entónces; esa

doctrina; oscurcida, en algunos rincones de Francia y de Alemania; se oyó, muy luego, retumbar, en Europa; como un eco sonoro; hizo dueño de las Universidades; entró; ya, en los salones; ya, por fin; en el santuario; y, tan solo; funesta al error, y á la herejía; ha producido, ó preparado; en bien de la verdad, las más completas victorias!

Ante esa doctrina; y, por consecuencia; ante la libre discusión de las materias religiosas; en los países, en que la Religión verdadera se halla circuida de sectas erróneas; *todas las nuevas sectas religiosas; que tuvieron su cuna, en la vanidad y los delirios; han muerto, cual los gusanos que crece la corrupción; casi, tan pronto como nacieron; y, al paso que la herejía ve menguar, dia por dia; el número de sus prosélitos; la Verdad católica ve duplicarse la totalidad de los suyos; saliendo ella más robusta, más llena de vida; de sus frecuentes combates!* ¡Se figuraban, que ella perecería; al choque de la libertad; y ella, sola; es, quien prospera; con la libertad! De ésta se puede decir lo que se ha dicho, de la Ciencia: que es disolvente, que descompone todos los metales; menos, el oro; y ¡seguramente, que la libertad disuelve y pulveriza todas las religiones; excepto, la verdadera! Y, si esto no fuese cierto; si no fuese evidente: si la libertad, que es uno de los más grandes atributos de Dios; si la libertad no fuera conveniente á la Religión de Dios; no me oirías elogiaria, con la entereza que veis; en este sacro púlpito; donde solo admite defensa lo que, de suyo; es verdadero, y santo, y divino!

Con esa arma; rehusa, esforzadamente; el Racionalismo de Alemania, someterse al culto oficial de Prusia; y, negando á la potestad civil: todo derecho de imponer símbolos; é interpretarlos; derroca los muros restantes del edificio de Lutero, trabajando en la completa libertad de los católicos; con esa arma, la Democracia de Ginebra; combatiendo los deseos intolerantes, y jurisdicción doctrinal de los ministros de la herejía; abate la impiedad de Calvino, en la Metrópoli de su Imperio; y prepara la libertad del culto católico; con esa arma; se ve atacada, en Constantinopla; la intolerancia musulmana, por la diplomacia europea; se ve atacado el Paganismo cruel de China, y queda abierto este país á la libre predicación del Evangelio: esa arma

constituye la fuerza, ella es; la preferida de los fieles, sacerdotes, obispos de la Iglesia católica; en España, Portugal, Francia, Bélgica y Holanda; fuera de varias fracciones de Alemania: en resumen, esa arma es; la que, hoy; manejan, con una confianza igual á los temores; que les inspiraba, en los principios; para obtener la libertad, que necesita la Iglesia; y que un liberalismo hipocrita la niega, con tenacidad. Ellos desienten al poder civil, cuando vá á forjar á la Iglesia, nuevos grillos; obligándole, á que rompa los viejos! Si; llevada la causa de la verdadera Religión al vasto terreno de la libertad; y llevada, por el talento de O'Connell; agitada, á la luz refulgente de la publicidad; no puede, ya; perecer: sus derechos, ya; son indisputables; sus legítimos progresos y conquistas, no pueden ser atajados.

En vano; algunos gobiernos se lisonjean de poder, todavía; *dominar á la Iglesia, ó en la Iglesia;* desde que el grande apostolado de O'Connell ha elevado á dogma universal; el principio de la independencia de la Religión; con respecto á la potestad civil; desde que lo ha persuadido á todos los animos, grabado en todos los corazones; hecho adoptar, y amar; de los Pastores más vigilantes y piadosos de la Iglesia; ese principio, ya; no puede perecer, ni áun caer en olvido; su fuerza se aumentará, con la resistencia que quieran imponerle; triunfara de todos los obstáculos; y hará, que triunfe la verdadera Religión!

Y ¡pobres, pobres de los gobiernos; que crean, todavía; en el siglo XIX, poder conservar el despotismo religioso; con toda la gran revolución; que, en las ideas; se ha efectuado! Los emperadores; que haciéndose cristianos; rehusaron entender el Cristianismo; e intentaron seguir ejerciendo el despotismo pagano, sobre la Iglesia cristiana: esos emperadores fueron por ella, abandonados; incurrieron en todas las bajas; que hicieron calificar sus reinados de, *Historia del Bajo Imperio;* y sin herederos, sin sucesores, desaparecieron de la escena política del mundo! Entónces, la Iglesia; que no desdena, sino que busca; que no desprecia, sino que acoge y santifica; todo lo que tiene dotes de fuerza, y duración: entónces; la Iglesia fijó la vista, sobre la Barbarie; le lavó, con un poco de agua; la cabeza: le ungió la frente, con un poco de

aceite; obró, en ella; el milagro de, crear la Monarquía cristiana. Pero si, un día; los sucesores de los jefes bárbaros; dando cabida al elemento pagano, esencialmente despótico; renuncian al elemento cristiano: por esencia, liberal; siendo, en tan alto grado; caritativo; si no quieren comprender la doctrina de, *la libertad religiosa de los pueblos é independencia de la Iglesia;* doctrina; que fué, la seguridad y la gloria de sus antepasados: de nuevo, sabrá la Iglesia repudiar su ayuda; volverá sus ojos á la Democracia; bautizará á esta salvage Matrona; la hará, cristiana; como hizo, ya; cristiana, á la Barbarie; estampará, en su frente; el sello de la divina consagración; le dirá: «Reina tú...» y ella reinará, a pesar de su origen pebeylo! Si; ya, los gobiernos no tienen más apoyo; más salvacion, más defensa, más probabilidad de poder existir, que conceder á la Iglesia, su propia libertad; tratandole, y respetando á los pueblos; como á, *hijos de Dios!*

¡Cuán grande, cuán puro; fué el gozo, que inundó el alma de nuestro O'Connell; al ver, por sí mismo; las señaladas ventajass, los gloriosos triunfos; que garantizaban otros, aún más gloriosos; para el porvenir; y su celo inteligente, doctrinas, y afectos generosos; habían proporcionado á la Religión verdadera! ¡Cuán más soberano, fué su contento religioso; al percibir la mano de Dios; que elevaba, y sentaba en la silla de San Pedro; al adorado Pio IX: á esa grande alma; capaz de comprender todos los institutos, todas las necesidades religiosas del siglo; á ese corazón grande, tan deseoso de satisfacerlos! Pues O'Connell vió, que el talento; tan privilegiado, tan caro; de Pio IX: le haria seguir; con pié firme y seguro; por la senda, que él, O'Connell; acababa de abrir; que Pio IX empuñaría, manejaría; con igual acierto, con igual valor; el arma poderosa, que él acababa de rehabilitar; que Pio IX consumaría, en escala más vasta; con mayor éxito, por cuanto goza de una autoridad divina; lo que él habia, tan solo; preparado: *el triunfo definitivo de la fe católica, de la Iglesia católica.* Así que; O'Connell pudo repetir, con el buen anciano Simeon: «Ahora, Señor; enviame, á que goce de la paz del sepulcro; pues, hoy; ya, muero: de grado! Mis ojos han visto, lo que ansiaba mi corazón; pero me juzgaba, indigno de ver: mis ojos

han visto, cumplida; tu promesa de proporcionar grandes socorros, para las grandes necesidades: mis ojos han visto confiada, por ti; la Iglesia; á manos entendidas; capaces de gobernarla: el mundo, á un gran corazón; anhelante por salvarlo!

¡O tú, grande astro; que brillas, hace poco; sobre el Vaticano! ¡Gran luz de Dios, que Dios avivará; y hará, que resplandezca; sobre las naciones! ¡A qué altura de gloria; empezas á elevar á tu pueblo, al verdadero Israel; á tu santísima Iglesia! Luz que ilumine á los gentiles, y la gloria de tu pueblo de Israel! (1).

O'Connell; afanosó en doblar el cuello, ante ese astro divino; y presintiendo, que ya; tocaba al fin de su carrera; quiso entregar el cuerpo, los piés de ese digno representante de Dios. ¡Al parecer; el alma de un O'Connell morcica, en hecho de verdad; que las manos de un Pio IX la trasladasen á la puerta del cielo; y la depositaran, en el seno de la misericordia de Dios! Así; Daniel se comprometió, por voto; á venir, en peregrinación; hasta esta ciudad santa; Metrópoli del Imperio de Jesucristo, en la tierra; secundo mansal de los consuelos del corazón, patria universal; acá abajo, silio de reposo; para los que han obtenido la fortuna de renacer á Dios; y... ¡la muerte le salió, en Génova; al camino, cuando marchaba á Roma! ¡Génova le guardaba; esta sorpresa! Pero, no; me equivocaba; no; ¡la muerte, no le sorprendió! Yo mismo he visto; he tenido, entre mis manos; el precioso ejemplar de la obra de S. Alfonso de Ligorio, intitulada: *Preparación á la muerte;* libro de que usaba O'Connell; y que tenia anotado, de su puño; prueba evidente de que, en medio las grandes agitaciones de su vida; siempre se preparaba á la muerte; arreglando sus acciones, á la pura luz de las grandes máximas de la vida eterna! Y, por esto mismo; lleno de valor, de esa sinceridad santa; que inspira al cristiano verdadero, una vida pasada; en la fidelidad á las prácticas; y en el ahínco, por el enaltecimiento de la Religion católica: vió llegar la muerte, sin acobardarse; y, sin repugnancia á sus decretos, inclinó la cerviz; vió, con espíritu grande, los últimos tiempos (2). Daniel pidió los últimos sacra-

(1) Luce. II. 32.

(2) Isaías: XLVIII. 27.

mentos; y recibíolos; con la humildad de un niño, con el fervor de un santo; repitiendo, á menudo; la afectuosa oracion de S. Bernardo: *Memorare, ò piissima Virgo*; recitando salmos; renovando, siempre; sus piadosos actos de contricion, de amor, y de esperanza; pronunciando los nombres, tan suaves: de Jesus, y de Maria! ¡De esta suerte, se apagó esa voz: esa tremenda voz, que habia hecho bambolearse al mundo! ¡Así: voló esa alma grande, que habia excitado la admiracion de la tierra! No fué otorgado á Daniel venir, personalmente; á Roma: mas llegó, siquiera: en espíritu; y, en Roma: murió su corazón: que fueron sus últimas disposiciones, las palabras siguientes: « Mi cuerpo, para Irlanda: mi corazón, para Roma: mi alma, para el cielo. »

Admirables disposiciones! Admirables legados! ¿Puede imaginarse, nada más sublime; y, á la vez; más piadoso; que dicho testamento? ¡Irlanda quiere decir, la patria: Roma, la Iglesia: el cielo, Dios: Dios, pues; y la Iglesia, y la patria: ó sea; la gloria de Dios, y la libertad de la Iglesia, y la felicidad de la patria: hé, aquí; los grandes fines de todas sus acciones; hé, aquí; los nobles objetos, los objetos únicos de su amor! El ama á la patria; por lo cual, le deja su cuerpo: ama, aún más; á la Iglesia; y le lega, por tanto; su corazón: pero ama á Dios, todavía más que á la Iglesia; y, de aquí; el dejarle, el confiarle su alma: á Dios, le ama; solo, por El: ama á la Iglesia, por Dios; porque es, *divina*: á la patria, por la Iglesia; porque es, *católica*. ¡Ahi; teneis, pues; el orden de sus amores: ahi; teneis, el fondo de su esencia: ahi; teneis, la indole de su alma; teneis, la pauta de toda su conducta; la historia de toda su vida: ahi; teneis, en suma; á O'Connell, fielmente; pintado, por O'Connell mismo! ¡Y ese es, el testamento del verdadero Hombre grande: del verdadero Filósofo, del verdadero Ciudadano y del verdadero Cristiano! ¡Feliz; mil veces, feliz; quien puede, al espirar; disponer de si propio, con tal cordura; tal confianza, tal verdad! Mas no echéis en olvido, que la patria significa: la libertad; la Iglesia, la Religión; Dios, el lazo; que liga á la patria, con la Iglesia; y, á un tiempo; á la Religión, con la libertad: dicho esto; Daniel O'Connell; legando á la patria, su cuerpo; su corazón, á la Iglesia; y su alma, á Dios: ha demostrado, que, en

su grande entendimiento; el amor de la patria y de la libertad, estaba unido al de la Religión; y estos dos amores; unidos, por Dios; unidos, en Dios; unidos, con Dios.

Aprovechemos esta grande leccion; presentada, con tan magnifico ejemplo: por un hombre, tan grande; y que, á tan alto punto; ha merecido la gratitud de la Iglesia, y de la patria, y de la humana sociedad! y, ya que O'Connell, como *Ciudadano cristiano*; ha dotado, con la libertad; á su patria; apoyándose, en la Religión; ya que, como *Cristiano ciudadano*; ha hecho triunfar la Religión, por medio de la libertad; no separemos nosotros, no separemos; lo que, *está unido por Dios, y en Dios*; no separemos de la verdadera Religión, la verdadera libertad.

Tales son, en el dia; las opiniones, y afectos de los pueblos de Europa; que la libertad nada puede, sin la Religión; ni la Religión, sin la libertad: y los enemigos de la Religión, son los verdaderos enemigos de la libertad; como, respecto de la libertad; los enemigos de la Religión! Quien dice: Religión, sin libertad; mienta, una institucion humana; quien: libertad, sin Religión; arroja, una palabra infernal: la Religión, sin la libertad; pierde toda su nobleza; la libertad, sin la Religión; todo su encanto: sin libertad, se envilece la Religión; sin Religión, truécase la libertad en anarquía: la libertad quita á la Religión; lo que puede tener de humillante; para la conciencia: la Religión despeja á la libertad de cuanto tiene, de salvaje: la Religión se vuelve, más bella; con la libertad: al modo que la belleza, más apreciable; con la virtud: en última analisis; la Religión conserva la libertad: en la manera, que la sal impide la corrupcion.

Mas ¡qué digo! Estas ideas y afectos, caros romanos! ¡fijos los teneis; en el pensamiento, y en el corazón. Dos dias há, que me oisteis; atacar todos los errores, proclamar todas las verdades de la ciencia social; abogar por el orden, y condenar la sedicion; hablar, en defensa del trono; un language; tanto ménos digno de sospecha: cuanto era más franco; mas ajeno de aduccion; hacer, el Panegirico de la libertad; pero, de esa libertad: que tiene á la Religión, por cimiento, y de apoyo. Anteayer; me aplaudisteis, en este santo lugar; quanto os lo permitió, la veneracion que se mereció! Os habeis, ya; confesado, en publico;

habeis probado, con toda evidencia y solemnidad; no ser; *los que una voz calamitadora guerra, que parecíais!* No, no sois los adversarios del trono Pontificio, de los eclesiásticos, del orden: cierto, que amais vosotros; una libertad, honrada; pero *amais, tambien; la soberanía del Jefe de la Iglesia y de la Religión!* Si: como el gran Pontífice, que nos gobierna; es, incapaz de recurrir á engaños; para con vosotros: asimismo; *sois vosotros; incapaces de olvidar la fé, que le debéis;* siendo el dolo, y la rebellion; afectos, demasiado viles; para caber, en corazones; tan nobles, tan generosos; como, el de un Pio IX: y el corazón del pueblo romano! Ahora; solo tengo, que exhortaros á permanecer; sin reposo: firmes, en vuestros actuales afectos; y deciros, además:

Mostrémonos, amando á la libertad; fieles discípulos de la verdadera Religión: mostrémonos; con la práctica sincera, y fiel; de la verdadera Religión; dignos de la libertad: hagamos, que la libertad auxilie á la Religión; y adoptemos á la Religión, por tutora

de la libertad: dejemos al *cazurantismo*, una religion servil; y á la anarquía, una libertad incrédula: seamos, *Ciudadanos cristianos; y Cristianos ciudadanos*: unamos al amor del pueblo, el amor de la Iglesia; al entusiasmo, por la libertad; el entusiasmo, por la Religión. Y, entrando; así; en el ancho, y seguro camino; abierto, por el gran Cristiano; por el gran Ciudadano; cuya alma, hemos venido á encomendar á Dios; cuya memoria honramos: se nos hará, partícipes de la recompensa eterna; que gozará, en el cielo; tendremos, en la tierra; la gloria de adquirir, el reconocimiento de la patria y de la Religión; podrá decirse; de nosotros, tambien; « Libraron á su pueblo de la perdition; y en sus dias fueron los restauradores del Templo. » Así sea.

Barcelona, dia 8 de Diciembre 1873:
Fiesta de la Inmaculada Concepcion de
Maria.

N.